

## VIII. EL LENGUAJE EN LA SOCIEDAD URBANA

UNA CIUDAD es un lugar de conversación; está erigida y se conserva unida por el lenguaje; sus habitantes no sólo gastan gran parte de sus energías comunicándose, en su conversación siempre reafirman y reforman los conceptos básicos mediante los cuales se define la sociedad urbana. Si se escucha la voz de la ciudad, se oyen referencias constantes a las instituciones, al tiempo y a los lugares, a los modos de movimiento y a los tipos de relación social que son característicos de la vida urbana.

Lo cual podría describirse mediante el conocido término de “comunidad lingüística”. Una ciudad es una comunidad lingüística pero ésta es una etiqueta muy general que podría aplicarse a casi todo agrupamiento humano. Tendríamos que decir lo que significa y qué significado particular se le asigna en tanto que descripción de la sociedad urbana.

La “comunidad lingüística” es una construcción idealizada y en ella se combinan 3 conceptos distintos: los de grupo social, red de comunicación y población lingüísticamente homogénea; cada uno de ellos encierra cierta idea de norma; en ese sentido idealizado, una comunidad lingüística es un grupo de personas que: (1) están ligadas por alguna forma de organización social, (2) se hablan las unas a las otras y (3) hablan de manera semejante.

Los dialectólogos siempre han reconocido que esa es una construcción idealizada a la que difícilmente se aproximan los grupos humanos reales. Si pensamos en los habitantes de una antigua población europea, probablemente constituyeron una especie de red de comunicación: en Littleby, Kleinstadt o Malgorod, los extranjeros eran raros; pero sus habitantes difícilmente formaban una sola unidad social, fuera de la definida por el hecho de vivir en la aldea, y ciertamente no todos hablaban de manera similar, sobre todo si se tiene en cuenta al señor y al cura.

Sin embargo, como modelo para lingüistas en un contexto rural, la noción de “comunidad lingüística” funciona razonablemente bien. “El dialecto de Littleby” se puede utilizar, y con gusto se utiliza, para referirse a la forma de habla de Littleby más claramente diferenciada, a aquella que se sitúa con mayor claridad aparte del habla de las poblaciones circunvecinas. En la actualidad, generalmente se encuentra que sólo los habitantes más viejos hablan esa variedad. La dialectología rural se apoya y siempre se ha apoyado considerablemente en el habitante más viejo; sin duda, en parte porque había cierta

esperanza de que pudiera ser el ideal de informante ingenuo para el lingüista, pero también porque tenía más probabilidades de hablar el "dialecto puro de Littleby". A ese respecto hay una contradicción evidente. En la historia de las lenguas, como estamos acostumbrados a concebirla, la imagen normal es la de divergencia: los dialectos se apartan más y más con el transcurso del tiempo, pero, cuando los dialectos se empezaron a estudiar sistemáticamente, esa tendencia a la divergencia lingüística había sido sustituida en las comunidades rurales por una tendencia a la convergencia. Los hablantes jóvenes ya no tenían como centro la aldea y, por eso, en su habla, se apartaban ya de las formas más claramente diferenciadas del dialecto utilizado en la aldea.

No fue sino hasta la década de los sesentas cuando se prestó verdadero interés al habla de las ciudades. El desarrollo moderno de la dialectología urbana se debe en gran parte a las innovaciones de un lingüista, William Labov, que fue el primero en llevar la lingüística a las calles de Nueva York (en realidad, antes que nada, a los grandes almacenes [Labov, 1966]). En un contexto urbano, el modelo clásico de comunidad lingüística pronto empieza a desintegrarse, ya no sirve como forma útil de idealización a la cual vincular los hechos. Labov pronto descubrió que los habitantes de una metrópoli están mucho más unidos por sus actitudes y sus prejuicios lingüísticos, que son asombrosamente consistentes, que por sus propios hábitos lingüísticos, que son extremadamente variables. El habitante medio de Nueva York (o de Chicago, Londres o Francfort) no sólo no habla como todos los demás habitantes de Nueva York (o de Chicago, etc.), ni siquiera habla como él mismo. Puede ser consistente en su juicio sobre los demás —los sujetos de Labov mostraron una concordancia sorprendente en su evaluación de expresiones grabadas cuando se les pidió que asignaran al hablante su lugar correspondiente en una escala profesional— pero dista mucho de ser consistente en su propia práctica; más aún, con frecuencia se da cuenta de que no es consistente y se preocupa por ello. Tiene idea de ciertas normas, de las que considera que él se aparta, de modo que hay cierta diferencia entre (1) lo que dice, (2) lo que piensa que dice y (3) lo que piensa que debiera decir. Labov incluso llegó a idear un "índice de inseguridad lingüística", como medida del grado de desviación de un hablante de sus propias normas aceptadas, tal y como él se la imagina.

La "comunidad lingüística" urbana es una unidad heterogénea, que revela diversidad no sólo entre uno y otro individuo, sino también en un mismo individuo; eso nos lleva a reconocer en el habla urbana un hecho básico: que el lenguaje en sí es variable. Es decir, el sistema lingüístico es un sistema de variación, no podemos describir el habla

urbana en términos de alguna norma invariable y de las desviaciones de ella; la variación es intrínseca al sistema. Dicho de otro modo, las normas del habla urbana están hechas de espacios, no de puntos. A decir verdad, muchos lingüistas afirmarían que esa es una verdad general sobre la lengua; verían a ésta no como un sistema de invariantes, tal y como el lego (o el filósofo de la lengua) suele verla, sino como un sistema con elevado grado de flexibilidad inherente.

No hay evidencias de que el hombre de la calle en la ciudad posea un sistema de habla general integrado, al acecho en algún lugar profundo de su conciencia; antes bien, el hombre urbano común ha interiorizado un patrón extraordinariamente heterogéneo, y reacciona ante ello escogiendo unas cuantas variables y asignándoles un valor normativo; la uniformidad, como tal, adopta la forma de un consenso respecto de esos valores. En una estructura social jerárquica, como la que es característica de nuestra cultura, los valores que se asignan a las variantes lingüísticas son valores sociales y la variación sirve como expresión simbólica de la estructura social. Decir que hay consenso no significa que todo grupo social en la ciudad interprete el valor social de una variante lingüística precisamente de la misma manera; lo que para un grupo constituye una forma de prestigio, por alcanzar cuando menos en contextos sociales especificables, para otro grupo puede ser causa de ridículo y de aversión social, pero en lo esencial no hay diferencia: se trata del mismo fenómeno considerado desde otro punto de vista. La variable en cuestión se pone de relieve como portadora de significado social.

Así, la imagen inmediata del lenguaje en un contexto urbano es una imagen de variación en que algunas variables poseen valor social; están certificadas, por decirlo así, como índices sociales y se les toma en cuenta en el habla cuidada. Si consideramos el caso más simple, el de una variable que sólo posea 2 formas, o "variantes", entonces las variantes constituyen un par contrastante de una variante "alta" y una variante "baja". En el siguiente par de oraciones, cualquiera de las cuales puede oírse en Londres, hay 5 pares de dichas variantes:

I saw the man who did it, but I never told anybody  
I seen the bloke what done it, but I never told nobody

Las variantes son: I saw/I seen, man/bloke, who/what, (he) did/(he) done, never. . . anybody/never. . . nobody. También hay algunas características fonéticas, continuas más que apareadas y que no aparecen en la escritura: los sonidos vocales, principalmente los de *I* y *told*, lo mismo que la consonante final en *but*. Cualquier hablante sabe cuáles son las variantes altas y cuáles las variantes bajas (en tanto que

no hay modo de que lo sepa un extraño); si domina ambas, su elección entre ellas se vincula en cierto modo a la situación en uso: es probable que la forma alta se utilice en contextos de habla cuidada, pero no en las de habla fortuita. Así, al parecer, la variación en el sistema está regulada en cierto modo por el contexto social.

Y, en cierto modo, así es, aunque no de alguna manera determinista simple. Un hablante puede usar variantes altas en contextos formales y variantes bajas en contextos informales; a esa llamémosla norma congruente; pero también puede usar las formas incongruentemente: esto es, fuera de los contextos que las definen como normas; al hacerlo, el hablante logra un efecto de resalto, un efecto que puede resultar humorístico, sorprendente, burlesco o muchas otras cosas, dependiendo del entorno. El hecho importante es que esa variación tiene significado. El significado de una opción particular en un caso particular es función de todo el complejo de factores del entorno, factores que, al considerarse en conjunto, definen cualquier intercambio de significados, en algún nivel, como una realización del sistema social.

Posteriormente sugeriré que esa es sólo la punta del témpano. No sólo determinadas características aisladas de la gramática y la pronunciación son portadoras de valor social. Hay un sentido en que todo el sistema lingüístico posee un valor, aunque se trate de un sentido distinto del que hemos venido considerando, y también más profundo. Sin embargo, antes permítaseme volver brevemente al concepto de variación en el sistema lingüístico. Como lo he expresado, el sistema lingüístico es un sistema de variación, pero de variación dentro de ciertos límites; en general, las variantes del habla urbana son variantes de un dialecto particular, y en términos objetivos no se hallan muy distantes entre sí. A ese respecto, son distintas de los dialectos rurales sobrevivientes, por ejemplo, en la Gran Bretaña. Los dialectos rurales británicos, los pocos que quedan, casi con seguridad difieren entre sí en mayor grado que cualesquier formas de habla urbana, inglesas o norteamericanas, en cuanto a pronunciación, gramática y vocabulario. Este último punto —el de la pronunciación, la gramática y el vocabulario— es una estipulación muy importante, a la que volveré posteriormente, pero hecha esa estipulación podemos decir que incluso las formas de habla diferenciadas más marcadamente en ciudades norteamericanas, inglesas, australianas o en otras ciudades de habla inglesa —por ejemplo, el habla de la clase media superior del Medio Oeste, por una parte, y el llamado inglés negro vernáculo, por la otra— no difiere tanto como el habla rural de Yorkshire y el habla rural de Somerset o, incluso, como el habla rural de Yorkshire y el habla urbana de Londres. Admitamos sin ambages que se trata de una apreciación basada en impresiones: no podemos medir esas diferencias; podemos se-

ñalar el hecho de que el par de dialectos rurales que acabamos de citar en gran parte resultarían mutuamente ininteligibles; por desgracia, eso no nos serviría de mucho, porque algunas variedades de habla que en términos objetivos no se hallan muy distantes son consideradas sumamente distintas por sus hablantes, lo cual crea un abismo que se interpreta como condición de mutua ininteligibilidad (y que así resulta ser). Las apreciaciones de los hablantes sobre cuestiones de esa índole suelen ser sociales más que lingüísticas: “no los entendemos” es una observación acerca de la estructura social y no acerca del sistema lingüístico. Así, si la consideramos como un concepto estrictamente lingüístico, la separación lingüística no es muy útil ni muy confiable. A pesar de lo cual es cierto que, en términos de variación en la lengua considerada en conjunto, los dialectos de la ciudad son variedades confinadas dentro de límites relativamente estrechos.

Al hablar de “dialecto” y de “estándar”, necesitamos referirnos una vez más a la distinción entre dialecto y registro. Un dialecto es cualquier variedad de una lengua que queda definida por referencia al hablante: el dialecto que usted habla es función de lo que usted es. A ese respecto, un dialecto difiere de la otra dimensión de variedad en una lengua, la del registro: un registro es una variedad definida por referencia al contexto social, es función de lo que usted hace en el momento. El dialecto es lo que usted habla, el registro es lo que está hablando. Al parecer es típico de las culturas humanas que un hablante tenga más de un dialecto, y que, cuando se producen, sus conmutaciones de dialecto simbolicen conmutaciones de registro. Un dialecto “estándar” es aquel que ha alcanzado una posición distintiva, en forma de un consenso que lo reconozca como dialecto al servicio de funciones sociales que, en cierto sentido, trascienden el marco de los grupos que hablan ese dialecto; lo cual con frecuencia se vincula a la escritura —en muchas culturas al dialecto estándar se le llama “lenguaje literario” [esto es, escrito]— y a la educación formal. A causa de su posición especial, por lo general, a los hablantes les es difícil reconocer que el dialecto estándar en el fondo es “sólo un dialecto” como cualquier otro. En los países de habla inglesa, la terminología recibida establece cierto contraste entre “estándar” (o “lengua estándar”) y “dialecto”, concretando de esa manera la posición social distintiva del dialecto estándar al negarse a clasificarlo en absoluto como dialecto. (Acercas de “dialecto” y “registro” véase cuadro 1, p. 50.)

Volvamos a los hechos de la variación en el contexto urbano. Típicamente, las diversas subculturas —la clase social, la generación y algunas otras— se caracterizan por sus pautas de selección dentro del ámbito de la variedad lingüística. Algunas características bastante generales de pronunciación o de gramática llegan a asociarse con un grupo

particular de la sociedad —al principio, por parte de otros, pero posteriormente quizás también por parte del propio grupo— y por consiguiente, a servir como símbolo de ese grupo. Por ejemplo, a un grupo se le puede conocer por pronunciar el sonido *r* después de una vocal, o por no pronunciarlo, o por africar consonantes explosivas iniciales sordas, como en *a cup of tea*, *in the park*, o por no africarlas, o por carecer de artículo definido, o por el tipo particular de negación que usa, o por el tipo de estructura de oración que prefiere, por ej.: *he's not here isn't Tom* contra *Tom isn't here*. Algunas palabras particulares también pueden funcionar de ese modo, siempre que sean palabras de frecuencia razonablemente elevada. (Lo cual no es alusión a la jerga; la jerga está supeditada en mayor medida a una elección consciente y, de ese modo, con frecuencia es utilizada por personas que deliberadamente adoptan cierta variante de habla con propósitos sociales). Si se llega de fuera se puede no estar sensibilizado a esas variantes y encontrar difícil creer en su fuerza simbólica pero, para el de adentro, resultan ridículamente obvias.

En principio, un dialecto es simplemente la suma de cualquier serie de variantes que siempre van juntas o, cuando menos, que van típicamente juntas. En el habla urbana, dichas configuraciones de ningún modo son fijas, no podemos hacer una clasificación clara de dialectos, con un dialecto A que tenga tales y tales características, siempre coexistentes, con un dialecto B que tenga una serie distinta de características, y así sucesivamente; el patrón verdadero es más continuo y más indeterminado. Al mismo tiempo, no todo va con todo lo demás; habitualmente, para cualquier variable se puede reconocer una escala que va de lo alto a lo bajo, y hay más probabilidades de que las variantes altas se coproduzcan con las demás variantes altas, y de que las variantes bajas se coproduzcan con las demás variantes bajas, y no de que se mezclen al azar unas y otras. Por tanto, existen agrupamientos regulares en que se reconocen configuraciones típicas que suelen corresponder a los principales agrupamientos socioeconómicos de la comunidad. Un miembro siempre sabe, cuando empieza a hablar con la persona de al lado en el tren, de dónde proviene ésta, qué educación ha tenido y qué tipo de trabajo desempeña.

Todavía sabemos muy poco respecto de los procesos mediante los cuales surge ese patrón sistemático de variación de los dialectos sociales. Todavía no se puede dar ninguna explicación detallada de las pautas de comunicación interpersonal en los contextos urbanos; pero es obvio que las personas de diferentes clases sociales se hablan las unas a las otras: no hay montaña ni río alguno que los separen (salvo sus antecedentes); sin embargo, al evolucionar con el transcurso del tiempo, las variedades de habla urbana no muestran (como en otro

tiempo se esperaba que lo hicieran) tendencia apreciable alguna a convergir; los cambios se producen, pero no al punto de eliminar las diferencias; en todo caso, Labov encuentra que la diversidad aumenta. Hay cierta tendencia a convergir, pero no en el propio lenguaje, sino en las actitudes hacia él: la gente comparte cada vez más las mismas evaluaciones del habla de los demás y de su propia habla.

Mi interpretación de las funciones sociales del lenguaje sugerirá que esa aparente paradoja, la de las actitudes crecientemente uniformes aunadas a una actuación cada vez más diversificada, no es en realidad ninguna paradoja, no es tanto la diversidad total la que aumenta, sino, más bien, el grado de la correlación entre esa diversidad y la estructura de clase social. En medida cada vez creciente, el lenguaje funciona como medida de la distancia social.

Es probable que algunas de las fuerzas y algunos de los mecanismos del cambio reales deban encontrarse en el grupo de iguales de los niños pequeños. De los 3 agentes socializadores primarios, la familia, el grupo de iguales y la escuela, el grupo de iguales es aquel del que menos sabemos, por obvias razones, puesto que en él no existen adultos; es una organización de vecindad en que se pueden entrelazar muy estrechamente algunas subculturas: un centro de solidaridad lingüística que identifica muy claramente quién está adentro y quién afuera, y que al mismo tiempo permite el movimiento hacia adentro o hacia afuera, incluso la muy importante función de volver a entrar; también es un centro de innovación lingüística: por ejemplo, el juego de la ruptura vocálica parece haber existido en los grupos de iguales de los niños de habla inglesa urbanos desde la Edad Media, y sigue existiendo. (La ruptura vocálica es lo que hace que el nombre de niña Ann suene como el nombre de niño Ian; vinculada a ella, hay una tendencia general a que las vocales inglesas se sigan entre sí en la boca como leche que hierve en una cacerola, según el vivo símil de Angus McIntosh.) Esa parece ser una fuente posible de los cambios de ese tipo que se producen dentro de un grupo social.

Pero, sea cual fuese su origen, los dialectos sociales son reconocidos e identificados claramente en la comunidad. Un dialecto social es un dialecto —una configuración de rasgos fonéticos, fonológicos, gramaticales y lexicológicos— que está asociado a un grupo social definible de manera más o menos objetiva y que funciona como símbolo suyo. Dichos grupos llevan típicamente denominaciones populares de tipo socio-regional: “clase media baja del sur” y así sucesivamente. Tales marbetes son populares en el sentido de que en el entendimiento de la gente hay conciencia de que les corresponden, y de que les corresponden específica y consistentemente, en general. En otro sentido, no son populares: la gente con frecuencia se siente cohibida para utilizarlos.

La mayoría de las personas probablemente tenga un dialecto social de uso normal, una forma de habla que en cierto sentido le es natural, siempre con la especificación de que en ella es posible una variación considerable. Al propio tiempo, puede moverse fuera de ella, como lo hace con frecuencia; un individuo en una comunidad de habla urbana no se encuentra típicamente confinado a una serie de hábitos lingüísticos, suele poseer una identidad lingüística que no está caracterizada, un ámbito verbal dentro del que cae típicamente su habla. Sin embargo, muy a menudo, también posee un ámbito de variación por encima y por debajo de ella, dentro del cual él se mueve libremente, en parte al azar y en parte sistemáticamente. La variación se halla parcialmente bajo regulación consciente, y de ese modo, un patrón de variantes puede ser utilizado por un hablante, sea cuando la situación lo pide, sea cuando no lo pide y cuando, por consiguiente, su uso crea la situación. Si se habla típicamente de cierto modo en el grupo de trabajo, entonces esa forma de habla evocará al entorno cuando éste no se halle presente. (Lo que constituye la evidencia más importante para decir que la variedad de habla se vincula en primer término a él.) De ese modo, la variación dialectal suele desempeñar una función en las competencias lingüísticas y en el humor verbal en que los hablantes urbanos son típicamente insuperables.

El lenguaje se presta al juego y el habla urbana no es la excepción; de manera característica, ésta se encuentra asociada a juegos y competencias verbales de todo tipo. En la narración de anécdotas hay un modo común que, como muchos otros, con frecuencia es competitivo: un narrador listo no sólo puede contar anécdotas ricas sino que también puede contribuir a empobrecer las anécdotas de los demás. El intercambio de insultos en los grupos de iguales de niños y adolescentes es a la vez un caso de juego lingüístico y de aprendizaje de ese juego, que se parece a muchas otras formas de juego por tener ese doble carácter. Pero el juego verbal también se extiende a otras formas más elaboradas, que van desde la versificación competitiva hasta los juegos sumamente ritualizados y con frecuencia crueles, como el de "la ley" en el sur de Italia, que describe Vailland (1958). Los tipos de juego verbal que han recibido mayor atención parecen ser sobre todo actividades masculinas; sería interesante saber hasta qué punto tiene sus equivalencias entre las mujeres.

El juego verbal incluye todos los elementos del sistema lingüístico, desde la rima y el ritmo hasta el vocabulario y la estructura; pero la esencia del juego verbal radica en jugar con los significados, incluso, como en los ejemplos citados con anterioridad, el juego de significados que es inherente a la estructura social. La variación en el lenguaje es una de las fuentes principales de material para el juego sociolingüístico.

Imitar la pronunciación o la gramática de otro grupo, adoptando al mismo tiempo papeles y actitudes particulares que se creen asociados a ese grupo es un poderoso medio de crear estereotipos y de conservar los que ya existen. Al propio tiempo, hay cierto aspecto defensivo en el desarrollo del potencial de juego sociolingüístico de la variedad de lenguaje propia. Consciente de que sus normas lingüísticas propias son menospreciadas por otros grupos, un grupo social presionado frecuentemente elaborará formas complejas de juego verbal en que su propia habla es la única en evaluarse en elevados niveles.

Lo anterior me hace volver a lo señalado con anterioridad, de que "hay un sentido en que todo el sistema lingüístico posee un valor". Es algo que debemos comprender si tratamos de interpretar la significación de la diversidad lingüística en las sociedades urbanas; permítaseme plantear la cuestión de la manera siguiente: si todos vivimos en la misma ciudad, ¿queremos todos decir las mismas cosas?

Obviamente, la respuesta inmediata es que no. Todos reconocemos a nuestros amigos por sus hábitos individuales de significar, tanto como por sus rostros o sus voces, o por su ropa y su manera de andar. Una persona es lo que esa persona significa, pero el individuo no existe fuera de contexto; existe en interacción con los demás, y el significado es la forma principal que adopta esa interacción; el significado es un acto social y se halla restringido por la estructura social. Nuestros hábitos de significación son aquellos de las personas con las que nos identificamos, de los grupos de referencia primarios que definen nuestro entorno semiótico. Quienquiera que en el transcurso de su propia vida haya conmutado de un grupo social a otro en la misma ciudad, por ejemplo, familia de clase media y grupo de iguales de clase trabajadora, o viceversa, sabe que durante ese proceso ha tenido que aprender a significar cosas distintas. Trasladarse de una vecindad étnica a otra implica considerable readaptación semántica; lo mismo implica ingresar en el ejército, ir a un tipo de trabajo distinto o ir a la cárcel.

¿Por qué ocurre así? Estamos acostumbrados a pensar en las diferencias dialectales en términos de pronunciación, de morfología o de vocabulario, las series de variables más evidentes que son también las cosas que cambian con mayor rapidez con el transcurso del tiempo; pero, ¿qué es lo que aparece primero cuando un niño aprende a hablar? Aparecen las características de los "límites exteriores" del sistema lingüístico, los 2 planos en que el lenguaje tropieza con otros aspectos de la realidad: por una parte, los ritmos fundamentales y los patrones de entonación del habla, los resortes del sonido en el pecho y en la garganta; y, por la otra, los significados o, mejor dicho, las maneras esenciales de significar, los hábitos semánticos que van asociados a los diversos contextos de uso del lenguaje, éstos se encuentran pro-

fundamente arraigados en nuestra conciencia, persisten a través del tiempo y a través de todos los cambios en los elementos formales del sistema. Esa es la especificación que se hizo anteriormente respecto del tipo de distancia que separa a las variedades urbanas del habla de otras variedades. Si existe algún sustrato africano en el inglés negro —y hay buenas razones para pensar que existe— hay probabilidades de que se sitúe tanto en los patrones esenciales de ritmo y de entonación como en los mecanismos de la corriente respiratoria, por una parte, y en las tendencias más profundas de significación, en los patrones semánticos, por la otra, y no en las características fonológicas y morfológicas más obvias que con mayor frecuencia se suelen citar a ese respecto.

En el seno de cualquier comunidad pluralista, los diferentes grupos sociales poseen distintos hábitos de significación: distintas “orientaciones codificadoras sociolingüísticas”, como las llama Bernstein (1975). Los grupos sociales distintos suelen asociar tipos de significado distintos a un contexto social determinado; poseen conceptos distintos de la estructura semiótica de la situación. Lo que un grupo interpreta como ocasión para hacer una declaración pública de fe privada puede ser considerado por el segundo grupo como un intercambio de observaciones acerca del mundo objetivo, y por un tercer grupo como algo más, por ejemplo, como un juego. La interacción entre generaciones, y entre sexos, está llena de discordancias de ese tipo. No es sólo al individuo como individuo al que identificamos mediante su perfil semiótico; es al individuo como miembro de su grupo social. El habitante de la ciudad es interesante sólo en aquellos distintos grupos sociales de los que típicamente es miembro en cualquier momento dado.

Como los grupos sociales difieren en aquello que adoptan como modo de significación en cualquier contexto dado, los estilos de significación se cargan del valor social vinculado a esos propios grupos. Esa es la razón por la cual la gente de las ciudades suele tener actitudes sentidas intensamente hacia las variedades lingüísticas de su propio ambiente. Distingue con cierta fuerza entre una variedad aprobada, la “estándar”, y las demás variedades (“no estándar” o “dialectos”), que desapueba; pero como no puede describir esas variedades de ninguna manera sistemática, entre la riqueza de rasgos fonológicos y gramaticales “no estándar” escoge algunos que le sirven de foco de actitud y de comentarios sociales explícitos. En Gran Bretaña, como también en la antigua Roma, la “supresión de las haches” (eliminación de la *h* en posición inicial) fue resaltada como símbolo de una habla socialmente inaceptable. En Nueva York, es la ausencia de *r* posvocálica y final (lo que en Gran Bretaña constituye una característica del dialecto “estándar”; es “no estándar” pronunciar la *r*); y hay ciertos rasgos fonoló-

gicos y morfológicos del inglés negro vernáculo que se escogen y se utilizan para caracterizar esa variedad de inglés.

Durante muchas décadas, los lingüistas han venido insistiendo, y no cabe duda de que insistirán por muchas décadas más, en el hecho de que ninguna forma de habla, ningún dialecto determinado de una lengua es intrínsecamente más digno de respeto que cualquier otro. Las diferencias entre dialectos tienen que ver no con la lengua como sistema, sino con la lengua como institución: como un vehículo y como un símbolo de la estructura social. El concepto de “lengua estándar” es un concepto institucional: se refiere a la posición de un dialecto particular y a la gama de funciones a las que sirve, no a cualesquier elementos intrínsecos en el propio dialecto. ¿Cuál es entonces la fuente de las actitudes asumidas tan a pecho? ¿Por qué tanta gente de la ciudad se muestra tan violenta al condenar lo que considera formas “subestándares” del habla?

La respuesta parece ser que, aunque las actitudes se plantean explícitamente respecto de cuestiones de pronunciación y de formación de palabras accesibles de manera inmediata, lo que realmente provoca la reacción es algo mucho más profundo. La gente reacciona ante el hecho de que otros signifiquen de modo distinto al suyo, y se siente amenazada por ese hecho. No sólo se trata de que se tenga aversión a ciertos sonidos, aunque esa sea la forma adoptada superficialmente, sino de sentir aprehensión ante ciertas maneras de significación. El problema radica, no en un sistema de vocales distinto, sino en un sistema de valores distinto: si yo objeto los sonidos vocálicos de alguien, o la estructura de sus oraciones, hay probabilidades de que exprese mi objeción estética (“son feos”) o pragmáticamente (“constituyen una barrera para la comunicación”), sino es que de uno y otro modo, así creo que debe ser; pero en realidad, objeto esas cosas como símbolos. Y siendo símbolos lingüísticos, poseen una doble carga: por una parte funcionan directamente, como índices de la estructura social, como la barba y los modos de vestir, y por otra indirectamente, como parte de la realización de los significados mediante los cuales el hablante representa su identidad subcultural.

El lenguaje es sólo uno de los modos en que la gente representa los significados inherentes al sistema social. En cierto sentido, éstos también están representados (es decir, expresados) por el modo de andar de la gente, la ropa que usa, sus hábitos alimentarios y las demás pautas de comportamiento; en otro sentido, están representados (es decir, hechos metáfora) por el modo en que la gente clasifica las cosas, por las normas que establece, y por otros modos de pensar. El lenguaje “representa” en uno y otro sentido. Puede hacerlo porque codifica, a un mismo tiempo, tanto nuestra experiencia de la realidad co-